

José María Pérez Zúñiga

**Miradas nuevas
por agujeros viejos**



Escritorio

El hombre está sentado ante la mesa, leyendo concienzudamente. A veces demora su lectura, toma algunas notas, fragua un propósito; pero siempre hay algo que lo detiene. Piensa en un argumento rocambolesco, en una intriga que atrape al potencial lector, pero decide que es mejor intentar atrapar el instante. Entonces inicia un diario en el que va apuntando pequeñas certezas. Piensa en seguir un orden cronológico, pero pronto descubre que la medida y el ritmo de su escritura no se corresponden con una sucesión de días, sino que se parecen más a pequeñas revelaciones, a algunas palabras concretas. Los textos son cuentos, aforismos, algún ensayo y tentativa, alguna tentación. Le parecen llamas. Y sigue escribiendo. Y se transforma. Hasta que se consume en una llamarada.

adivinanza. Todo en esta vida es acertijo: quién soy y quién no soy, de dónde vengo y adónde voy, qué he sido y que seré, qué veo y quién me mira, quién te ha visto y quién te ve, si he hecho o no he hecho, si he dicho o no he dicho, que cuando hablo callo y cuando callo miento, cuando hago no sé si hago y cuando vivo no sé si sueño, acaso ni siquiera he sido, porque aprendo para olvidar y olvido para saber, quiero para renunciar y renuncio para después querer, ¿no será que ni quiero ni sé ni soy?, ¿no será que ni siquiera vivo? De la infancia a la vejez nada hay definitivo, y quizá no sea la propia vida más que una larga adivinanza: un laberinto de bulas y términos de comparación. Tanto aprendiéndolo como desaprendiéndolo todo podríamos llegar a la misma conclusión.

agonía. Llevaba semanas preparándose para las vacaciones, sufriendo y adelgazando, hasta que llegó la huelga de transportistas. Decían que podría durar mucho tiempo, que los alimentos escasearían. Ana no se lo pensó dos veces.

Entre el régimen y su escaso sueldo –agotado casi siempre antes de llegar a fin de mes entre ropa, revistas de moda y cosméticos– no podía almacenar grandes provisiones, pero algo, pensaba, había que hacer. Se lió una manta a la cabeza y acudió al banco para sacar sus escasos ahorros. Después fue al hipermercado. Tres carros fueron suficientes: dos para la comida, otro para cremas y revistas, que consideró que estaban bien de precio y contribuirían a paliar tanto sacrificio. Se las vio y se las deseó para meter la comida en el apartamento, pequeño pero acogedor, como correspondía a una chica ordenada y mileurista. Pero después de un par de horas todo quedó en su sitio. Había dedicado una tarde entera a ser previsora, y eso le hizo sentir bien. Así que por la noche se regaló una ración doble de lechuga y otra de máscara facial antes de acostarse.

El exceso de lechuga suele ser funesto. Ana lo descubrió durante la madrugada, cuando tuvo que levantarse para ir al baño una y otra vez. Pero también había otra cosa: la satisfacción había desaparecido, acaso ahora se trataba de angustia, de un presentimiento. Cuando a las siete se metió en el cuarto de baño después de no haber pegado ojo y encendió la radio, lo comprendió todo: esa misma madrugada, sindicatos, patronal y gobierno habían llegado a un acuerdo. ¡La huelga se había desconvocado! Ana apenas pudo reprimir las lágrimas. Y no aliviaron su congoja la ración doble de crema hidratante y magdalenas, que era lo que solía desayunar. La bollería y los dulces sólo se los permitía muy de mañana –tenía todo el día por delante para quemar el azúcar–, pero añadió media tableta de chocolate, tal era la angustia que sentía. Trató de concentrarse en su trabajo, en no volver a pensar en toda la comida que tenía en casa, rebosando los armarios, las estanterías, la nevera.

Se le ocurrió que, por lo menos, esa noche podría hacer de cena algo especial. Desempolvar el libro de recetas que le regaló su madre cuando se independizó, con estas palabras: «Toma, hija. Te aseguro que en algunos momentos de mi vida ha sido el único consuelo».

Ana se había reído entonces, pensando en los kilos de más de su madre y en el cabrón de su padre, al que nunca había conocido, pero esa noche una sonrisa especial se dibujó en su cara. Cenó solomillo a la pimienta con patatas fritas, croquetas de pollo, los regó con media botella de Rioja, terminó con una tarta de chocolate. Ni siquiera se acordó Ana esa noche de la mascarilla facial, y durmió profundamente, sin sobresaltos ni pesadillas. No hay que decir que a partir de ese día su vida cambió. Tal era su agradecimiento a los transportistas, que se afilió por solidaridad a su sindicato, y al poco tiempo se enamoró de un camionero. Dicen que pronto volverán a subir los precios de los carburantes, pero cuando ellos escuchan la palabra huelga, un pellizco sacude sus corazones. Ana luce ahora rolliza y con un cutis limpio y sonriente.

alas. El niño bajó a la playa y entró en la casa prohibida. La mujer –Eva– le dijo: «Conozco a tu doble. Yo veo tu sombra huida». Y el niño sintió cómo unas alas le nacían en la espalda y le levantaban, le arrastraban para perseguir a su sombra que efectivamente huía, allá abajo, en la tierra, siempre un par de pasos por adelante. Pero cuando ya estaba a punto de atraparla, las alas desaparecieron y el niño comenzó a caer. Antes de llegar al suelo, se había convertido en hombre¹.

1. «Difícil es combatir el deseo. Lo que anhela lo compra con el alma», Juan Cobos Wilkins.